

degüello y dió orden á los habitantes de la ciudad de salir con sus familias. Todos se apresuraron á obedecer, pero fué tal la muchedumbre que se agolpó á las puertas, que muchos ancianos, mugeres y niños quedaron ahogados. Muchas personas por evitar toda demora y llegar lo mas pronto posible donde hubiese agua, se dejaron descolar, por medio de cuerdas de lo alto de las almenas de las murallas y cerca de setecientos (entre notables y bravos guerreros) prefiriendo morir de sed á ser degollados, se quedaron en la ciudad.

«Cuando los que escaparon á la espada y no murieron ahogados en el tropel se reunieron en la plaza, cerca de la fuente principal, donde esperaban su suerte con indecible ansiedad, se les hizo saber que todos los que poseyesen una casa tenían que entrar en la ciudad con su familia. Se empleó hasta la fuerza para obligarlos á ello, y al entrar de nuevo en la ciudad, sufrieron casi tanto como al salir pues el gentío fué tambien inmenso. Despues, vueltos los habitantes á sus moradas con sus familias, los infieles, obedeciendo las órdenes de su gefe, (1) dividieron todo

fes cristianos y á los cronistas españoles les sucede lo mismo cuando hablan de gobernadores ó generales musulmanes.

(1) «De su sultan,» dice el texto.

entre ellos, segun las convenciones fijadas de antemano. Cada caballero á quien tocaba una casa, recibia además todo lo que habia dentro, mugeres, niños y dinero y podía hacer del dueño cuanto se le antojase: se apoderaba tambien de cuanto este le enseñaba, obligándole con torturas de toda especie á no ocultarle cosa alguna. A veces los musulmanes morian en el martirio, lo que era realmente una dicha para ellos, por que el que sobrevivia tenia que experimentar dolores mucho mas graves aun, pues los infielés, por un refinamiento de crueldad, se complacian en violar las hijas y mugeres de sus prisioneros ante sus mismos ojos. Los desdichados, se veian obligados á presenciar, cargados de cadenas estas escenas horribles, vertiendo abundantes lágrimas y sintiendo despedazarse su corazon. La suerte de las mugeres empleadas en los trabajos domésticos, no era mejor, pues los caballeros, cuando no las querian, las abandonaban á sus pajes y criados para que estos dispusieran de ellas á su albedrio. Imposible es referir todo lo que los infieles hicieron en Barbastro. Tres dias despues de la toma de la ciudad, fueron á cercar á los que se encontraban en la parte mas elevada de la ciudadela, quienes casi desconocidos por la sed, se rindieron des-

pues de haber obtenido el aman, siendo en efecto perdonados por los infieles; pero cuando abandonaron á Barbastro para dirigirse á Monzon, la ciudad mas próxima de las que estaban en poder de los musulmanes, se encontraron con caballeros cristianos, que no habiendo asistido al sitio é ignorantes de que estos desdichados estaban en libertad, los degollaron á todos, á escepcion de algunos que en número muy reducido consiguieron escaparse por la huida. Deplorable fué en verdad el fin de esta tropa; Dios lo habia querido así!

«Cuando el rey de los Rumies se decidió á abandonar á Barbastro, y volverse á su país, eligió entre las jóvenes musulmanas, las casadas que se distinguian por su belleza las doncellas y los muchachos mas graciosos, muchos miles de personas que llevó consigo para regalarlos á su soberano, dejando en Barbastro una guarnicion de mil quinientos caballeros y dos mil peones.

«Antes de concluir este relato sobre el que deben meditar mucho los hombres de juicio, contaré una historia singular, ligada con él, que dará idea de lo que hemos creído deber omitir, y á los hombres inteligentes una nocion precisa de las desgracias que tambien nosotros debemos temer. He aquí

lo que me ha escrito uno de mis correspondientes de la frontera. Después de la toma de Barbastro, un mercader judío vino á esta ciudad desgraciada para rescatar del cautiverio á las hijas de un sugeto importante que escapó del degüello. Sabíase que estas damas habian tocado en el reparto a un conde de la guarnicion; he aquí ahora lo que el judío me ha contado: «Llegado á Barbastro hice que me indicasen el domicilio de este conde y me dirigí á él; me hice anunciar y lo encontré vestido con los mas preciosos trages del antiguo dueño de la casa y sentado en el sofá que aquel ocupaba de ordinario. El sofá y toda la habitacion se hallaba aun en el mismo estado en que quedó el dia en que su dueño se vió precisado á abandonarla. Nada habia cambiado ni en los muebles ni en el decorado; alrededor del conde y sirviéndole habia muchas lindas muchachas con el cabello levantado. Saludándome el conde me preguntó el motivo de mi visita: le informé de él y le dije que estaba autorizado para pagar una gruesa suma por el rescate de algunas de las jóvenes que allí se encontraban. Entonces se sonrió y me dijo en su lengua: —Si vienes á eso vete en seguida: no quiero vender á ninguna de las que están aquí; pe-

ro te haré ver las prisioneras que tengo en mi castillo y te enseñaré cuanto quieras.— No es mi ánimo, le respondi, entrar en vuestro castillo; me encuentro aquí perfectamente y sé que, gracias á vuestra benévola proteccion, nada tengo que temer. Decidme cuanto quereis por algunas de las que están aquí; vereis que no escatimo el precio.—¿Qué tienes que ofrecerme?—Oro muy puro y telas preciosas y raras.—Me hablas de esas cosas como si yo no las tuviera.— Luego dirigiéndose á una de las criadas de que hablé,—Madja, dijo, (queria decir Bahdja, pero como era extranjero, estropeaba este nombre de esa manera) enséñale á este pícaro judío algo de lo que se encuentra en ese cofre. La muchacha obedeciendo sacó del cofre talegos llenos de oro y de plata y una multitud de estuches y los colocó delante del cristiano, y eran en tanto número, que casi lo ocultaban á mi vista.—Acerca ahora uno de esos fardos,—añadió el conde, y la muchacha trajo tantas piezas de seda, de filadif y de brocados preciosos, que me quedé deslumbrado y estupefacto. Conoci bien que lo que yo tenia que ofrecer era nada en comparacion con aquellas riquezas.—Tengo tantas cosas de esas, dijo entonces el conde, que no me cuido de ellas; pero

aunque no las tuviese, y quisieran darme todo eso en cambio de mi querida, que es la que ves, no la cederia, te lo juro, porque es la hija del antiguo dueño de esta casa, hombre muy considerado entre los suyos; por esta razon la he hecho mi manceba, sin contar además que es de peregrina hermosura y que espero que me dará hijos. Sus antepasados hicieron lo mismo con nuestras mugeres, cuando eran los dueños; la suerte ha cambiado y ahora nos toca á nosotros tomar la revancha. —Luego indicando á otra jóven algo más alejada, continuó:—Ves esa muger cuya belleza quita el sentido? pues bien, era la cantadora de su padre, un libertino que, cuando se embriagaba, gustaba de escuchar sus cantares. —Luego, llamando á la muchacha, la dijo chapurreando el árabe: (1)—Toma tu laud y cántale á nuestro huésped alguna de tus canciones.—Ella tomó entónces su laud y se sentó para templanlo, y yo veia rodar lágrimas por sus mejillas y que el cristiano las enjugaba furtivamente. Enseguida se puso á cantar versos que yo no comprendí (2), y que, por consi-

(1) El conde no hablaba árabe sino cuando se dirigia á las jóvenes: con el judio hablaba en francés.

(2) Este pasage, que ya citamos más arriba, prueba, á nuestro parecer lo que hemos dicho, á saber: que ordi-

guiente, el cristiano comprendía ménos aún; pero lo que me causó más estrañeza fué que éste no dejaba de beber mientras ella cantaba, y que manifestaba una gran alegría como si comprendiese las palabras del aire que lo muchacha entonaba.

«Cuando acabó me levanté para irme persuadido de que no conseguiria mi objeto. Iba, pues, á ocuparme de mis negocios de comercio, pero mi asombro no conoció límites, cuando ví el inmenso número de mugeres y la enorme cantidad de riquezas que estaban en manos de esas gentes.

Ibn-Hayyan refiere más adelante la recuperación de Barbastro por Moctadir de Zaragoza, á quien su aliado Motadhid de Sevilla envió un refuerzo de quinientos caballeros. El combate fué encarnizado por ambas partes; pero habiendo perdido los cristianos cerca de mil caballeros y cinco mil peones (de lo que puede deducirse que la guarnicion normanda de Barbastro habia sido reforzada por los españoles) los musulmanes quedaron por dueños, no siendo más humanos que fueron los normandos; pues excepto los niños y algunos gefes que

nariamente los extrangeros, aunque hayan permanecido mucho tiempo entre los árabes, no comprenden la poesia de este pueblo.

se rescataron, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron en la plaza. La noticia de este acontecimiento, de que los musulmanes se alegraron mucho, llegó á Córdoba uno de los primeros días del mes de Mayo del año 1065. (1)

El sitio y la toma de Barbastro por los normandos causó en Córdoba, como vimos, inmensa sensación, no solo por ser Barbastro una fortaleza de gran importancia, sino por ser los sitiadores de una nación mucho más implacable que la española. Esta conquista, con la que los normandos adquirieron riquezas fabulosas, debió encontrar mucho eco en Francia, pues aunque sus crónicas no hablan de ella la poesía ha conservado su recuerdo. *Barbastre* es el grito de guerra de un caballero francés (2) en la *batalla de Aleschans*, rama del Romance de Guillermo el de la Nariz cortada. *Li siéges de Barbastre* es el título de un romance caballeresco, que existe en la Biblioteca imperial, romance que es la sexta rama del de Aimeri de Narbona, primera rama á su vez del ya citado

(1) En 1101 Barbastro fué recobrado por Pedro de Aragon y desde entónces esta ciudad ha estado siempre en poder de los cristianos.

(2) Vs. 5404, ed Jonkbloet «Guillaume d'Orange, chansons de geste de los siglos XI y XII.»

de Guillermo el de la Nariz cortada, cuyo autor, en cuanto puede juzgarse por un breve análisis de su obra (1) ha tratado la historia con exajerada libertad. Por este motivo en vez de estudiar su trabajo preferimos llamar la atención de nuestros lectores sobre el jefe de los normandos, á quien Ibn-Hayyan dá el título de general en jefe de la caballería romana,» y el cual era, según procuraremos demostrar, uno de los héroes más renombrados de la poesía francesa de la Edad Media, Guillermo el de la Nariz cortada.

Por este nombre confundieron los trovadores á una multitud de héroes del mismo y aun de diferente nombre, entre los cuales era el más antiguo y principal el conde ó duque de Tolosa ó Aquitania, contemporáneo de Carló Magno, que se distinguió por su firmeza y valor cuando los sarracenos de España invadieron el mediodía de Francia.

Mi excelente amigo Mr. Jonkbloet, en la erudita introducción que hizo á su preciosa edición de una parte del Romance de Guillermo, trata muy por estenso de este personaje y de otros muchos que los poe-

(1) En «l'Historie littéraire de la France,» t. XX, página 706-709.

mas han confundido con él, pero prestando poca atención al elemento normando, no obstante que éste forma uno de sus rasgos más distintivos, como digimos en otra parte (1), no ha conseguido encontrar en la historia el verdadero Guillermo, el de la Nariz cortada, el cual era normando y vivió en el siglo XI.

Notemos primero con Mr. Jonkbloet que no hay equivalente provenzal para el apellido *au cort nés* y que en el gran poema provenzal sobre la guerra contra los Albigenes la forma que pertenece al Norte de Francia se ha conservado donde el poeta dice;

*Senhors, remembre vos Guilhelme al cort nés,
Co ab seti d'Aureuca sufrit tan desturbiers.*

Guillermo el de la Nariz cortada, era pues un héroe del Norte de Francia. Veamos si nos es posible encontrarlo en la historia.

El mismo romance facilita nuestra indagaciones. Una de sus ramas, la titulada «*Le Couronnement de Louis*» enteramente de origen normando, á nuestro juicio, nos dice el punto donde Guillermo acostumbraba resi-

(1) En un artículo sobre la publicación de Mr. Jonkbloet que ha aparecido en la revista holandesa titulada de «*Gids*» (*le Guide*) año de 1844, t. I, p. 776-826.

dir. Explicado el origen del apellido del conde, el trovador añade, que Luis, despues de coronarse en Roma, volvió á «*Mosterel sor mer*», en donde ya esperaba vivir tranquilo. Este lugar, citado por el cronista Benito de S. Mauro de muchas maneras (*Mosterol, Mosteroel, etc.*) y llamado *Monasteriolum* en latin; es por lo tanto Montreuil sur Mer, ciudad del departamento del Paso de Calais. El conde de Montreuil (mejor dicho de Ponthieu,) era propiamente un féudo que provenia de la casa de Capeto; pero cuando Araul de Flandes lo arrebató al conde Herluin, hacia el año 943, este, que habia implorado inutilmente el auxilio de su soberano Luis el Grande, se colocó bajo la proteccion del duque de Normandia, Guillermo, el de la Larga espada, merced al qual, fué vuelto á poner en posesion de su condado que, á partir de esta época, se consideró como un féudo procedente de Normandia (1).

Segun el poema, Guillermo residia en Montreuil, era conde de dicha localidad y en su consecuencia vasallo del duque de Normandia; así lo indica él mismo en el romance, pues cuando el duque Ricardo

(1) Véase los autores que cita Fr. Michel notas sobre Benoit t. I p. 483, 484.

quiere colocar á su propio hijo en el trono de Francia, grita lleno de indignacion (1).

Ge te deffi, Richar, toi et ta terre!

En ton servise ne vueill ore plus estre!

Este Guillermo de Montreuil, (que así conviene llamarlo,) estuvo al servicio del papa, segun el poema, conforme con la historia en este punto. El italiano Leon, obispo de Ostia, lo cita entre los normandos que combatieron en Italia. Orderico Vital trae tambien noticias muy detalladas de él y de su familia, haciéndonos saber que llegó casi en la misma época que los hijos de Tancredo de Hauteville y que, entrado al servicio del papa y hecho general en jefe (2) de las tropas romanas, sometió como tal al dominio de aquel la Campania que se habia sublevado. Tambien cita Orderico dos de los papas bajo quienes sirvió Guillermo, á saber: Nicolás II y (1058-1061) y Alejandro II (1061-1075) y como este ocupaba la sede pontificia en la época de la toma de Barbastro creemos poder afirmar que el jefe á quien Ibn-Hayyan dá el titulo de «general en jefe de la

(2) Li Coronemens Loys, vs. 1594.

(1) «Romani exercitus Princeps militæ factus, vexillum Sancti Petri gestaus.»

caballeria de Roma, era Guillermo el de la Nariz cortada, conde de Montreuil.

Y no nos se objete que Orderico no menciona el apodo de Guillermo, circunstancia nada estraña, pues ni los historiadores graves citan tales apodos, ni era natural que el monje de S. Evrul, lleno de respeto hacia Guillermo que como todo los miembros de su familia, habia colmado de beneficios á su cláustro, fuese á llevar su desagrdecimiento al punto de aplicar á su protector el ridículo apodo con que era conocido en los romances, apodo verdaderamente infamante, pues en aquella época se consideraba una deshonra tener cortada la nariz, bien fuese á consecuencia de condena judicial, bien de un combate. (1)

Si, pues, nuestro raciocinio es exacto como creemos, el relato de Ibn-Hayyan es de inmenso valor para Francia, y, merced á él y á los pasages de Orderico, desatendidos hasta aqui, poseemos ya datos fidedignos de un héroe cuyas expediciones han sido tan celebradas por los trovadores, y cuya misma existencia andaba aun puesta en tela de juicio.

Otra espedicion normanda será ahora objeto de nuestro estudio. Acaso haya quien

(1) Véase Jonckboet, t. II, p. 112, 113.

imagine que los normandos, ocupados con sus expediciones á Italia, la conquista de Inglaterra, dos años años despues de la toma de Barbastro, y por último, con las cruzadas en que tomaron tanta participacion, no tendrian tiempo para ir á guerrear con los moros de España; mas no fué asi, y á principio del siglo XII los encontramos en la península, y á uno de ellos fundando un principado en Cataluña.

Hallábase entónces Yusuf el Almoravid en el apogeo de su poder, dueño de los tronos de casi todos los reyezuelos andaluces podia arrojar contra la España cristiana en un momento dado todas las fuerzas de la Mauritania y de la España musulmica. Uníase á esto que los cristianos acababan de perder en el Cid, á uno de sus mas valientes defensores, que el general Mazdali asediaba á Valencia. Todo hacia presagiar que Jimena no podria sostenerse mucho tiempo en esta ciudad, y, si este baluarte de la España cristiana por el lado del Este caia en poder de los infieles, el condado de Barcelona y el reino de Aragon corrian gran peligro: mas aún, los Almoravides posesionados de Fraga, (1) estaban ya á sus puertas.

En tal estado de cosas, el rey de Aragon,

(1) Desde 1093. Cartás p. 101.

Alfonso el Batallador, buscó aliados y se dirigió á su primo hermano Rotrou, conde de Mortagne ó del Perche, (1) acabado de llegar á su patria de vuelta de la primera cruzada en que habia tomado parte con su soberano Roberto de Normandia. Como Alfonso prometia á todos los que viniesen á ayudarle un gran sueldo, y aun excelentes tierras á los que quisieran establecerse en su reino, Rotrou y otros muchos normandos se pusieron en marcha hacia Aragon. Allí combatieron denodadamente contra los sarracenos; pero los aragoneses llevando su ingratitud al extremo, pretendieron degollarlos con la aprobacion de su rey. Afortunadamente para los normandos no faló quien los informase del complot fraguado contra ellos, y engañados é irritados se volvieron á Francia. Los sarracenos se apresuraron á aprovecharse de su partida, y redujeron á Alfonso á tal extremo, que lo obligaron á su pesar á implorar de nuevo el socorro de su primo, á quien prometió reparar las ofensas que le habia hecho, jurándole dar tierras á cuantos las quisieren. Cediendo á sus ruegos, y olvidando generosamente sus

(1) La madre de Alfonso y la de Rotrou eran hermanas. Véase Marca Hispan. p. 455 y 456.

agravios, el conde de Perche trajo á Aragon un numeroso ejército, reclutado en Normandía y otras provincias de Francia. Esta vez los auxiliares encontraron en Aragon excelente acogida y prestaron tambien á los que les daban alojamiento grandes servicios: despues de arrojar al enemigo de las fronteras, que habia invadido, hicieron á su país teatro de la guerra.

Veinte años combatieron á los sarracenos, á juzgar por las fechas que se encuentran en Orderico Vital, el cual dá sobre estas expediciones, noticias muy confusas. Al cabo de este tiempo la mayor parte de ellos, tales como Rotrou del Perche, Silvestre de Saint-Karilef y Reinaud de Bailleul, se volvieron á Francia; algunos sin embargo se quedaron en España donde habian recibido tierras; siendo el mas notable de estos Roberto de Culei que llegó á ser principe de Tarragona y á quien se dió el sobrenombre de Bordet ó Burdet. (1)

En tiempo de la conquista musulmana en el siglo VIII, la ciudad de Tarragona quedó completamente arruinada y los esfuerzos hechos por el papa Urbano II, á quien el conde Berenguer la dió con todo

(1) Orderico Vital p. 890-891.

su territorio, fueron inútiles para sacarla de su decadencia. En vano le devolvió su antiguo rango de metrópoli; en vano confirmó los ventajosos privilegios que el conde había concedido á los futuros habitantes; en vano prometió á los que quisiesen reconstruirla y establecerse en ella las indulgencias solo concedidas de ordinario á los que iban en peregrinacion á Jerusalem, todo fué inútil; su sucesor, Pascual II, tuvo que declarar en 1108 inhabitable á Tarragona (1), y veinte años despues toda la ciudad y aun la catedral estaban llenas de hayas frondosas y de encinas seculares (2). Los catalanes se acordaron ante las dificultades de esta gran empresa y los enormes gastos que exigia; pero lo que ellos no hicieron, lo llevó á cabo el caballero normando Roberto Bordet. Por un acta firmada el 14 de Marzo del año 1128 (3) el arzobispo Oldegario, nacido en el mediodía de Francia, donó en feudo á Roberto y á sus descendientes el principado de Tarragona, recibido por él (salvo la soberanía de la Santa Sede) del condado de Bar-

(1) Véase «Esp. Sagr.» t. XXV, p. 112.

(2) Orderico Vital, p. 892.

(3) La edicion más correcta de esta acta es la que se encuentra en Villanueva. «Viaje Literario,» t. XIX, Apéndice núm. III.

celona; reservándose únicamente la jurisdicción eclesiástica y los diezmos. Roberto, por su parte, se comprometió á reedificar la ciudad y á defenderla; y, poniendo en seguida manos á la obra, arrancáronse los árboles, edificáronse casas en su lugar, y, para poner á la ciudad á salvo de un golpe de mano, construyéronse buenas murallas «compuestas de piedras de mármol blanco y negro, de tan singular belleza,» que segun se expresa un geógrafo árabe (1), escitaba la admiracion de los viajeros. Concluidos los primeros trabajos, Roberto fué á Roma para pedir al papa, de quien era entónces subvasallo, la ratificación de la donacion de Oldegario. Obtenido su deseo, se dirigió á Normandia para comprometer á alguno de sus amigos á establecerse en Tarragona, quedando durante su ausencia su jóven y bellissima esposa Sibila encargada de velar por la ciudad. En efecto, todas las noches se la veia armada de coraza con una varilla en la mano, recorrer las calles y las murallas, exhortando á los soldados á estar prevenidos contra los engaños ó los ataques súbitos del enemigo. «Grandes elogios merece, esclama el cronista á quien seguimos, esa jóven velando con tanta fide-

(1) Edrisi, t. II, p. 235.

dad y amor por los intereses de su esposo, y gobernando el pueblo de Dios con tanta piedad, asiduidad é inteligencia!»

En adelante, Roberto Bordet, príncipe ó conde de Tarragona (que de ambas maneras era llamado) se distinguió muchas veces en las guerras contra los sarracenos, y de este modo adquirió nuevos títulos al reconocimiento de los catalanes (1). Por desdicha la gratitud con los extranjeros era entónces una cosa muy rara en España, como demasiado tuvieron que experimentar lo Roberto y su familia.

Mientras Tarragona, áun en ruinas, situada en las fronteras de Cataluña, se hallaba continuamente expuesta á los ataques de los sarracenos, el conde de Barcelona y el arzobispo se apresuraron á aceptar los servicios del caballero francés; pero durante los veinte años que siguieron á la donacion de Oudegerio, las cosas cambiaron de aspecto y el conde, dueño ya de Lérida, Fraga y Tortosa, comenzó á maravillarse de que hubiese en sus estados un principado que sin depender de él, hubiese dejado de ser provincia fronteriza. Daba muchísima importancia á la posesion de este principado

(2) Orderico Vital, p. 892 y siguientes.

no solo por los recuerdos que evocaba el nombre de Tarragona, capital de la mayor de las tres provincias de España bajo la dominación romana, sino porque él mismo contaba con hacerla capital de sus estados (1) en cuanto la obtuviese. Por su parte, el arzobispo, es decir, Bernardo Tord ó Torts, encargado de la diócesis en 1146, comprendiendo que su predecesor Oldegario había partido de ligero al dar á un aventurero normando tan estenso y hermoso territorio, buscó un medio de anular esta donación; pero como hombre prudente y hábil, procuró no violentar ni precipitar el asunto, y para ello comenzó por confirmar la referida donación por un acta fechada el 9 de Febrero de 1148, (2) donde al par que se conservaban cuidadosamente las mismas espresiones del acta primitiva, se intercalaban frases que cambiaban por completo el contenido.

Oldegario, como dijimos, se reservó solo

(1) Tarragona, quæ caput tótius regni mei fore dinoscitur... Quia civitas illa sicuti maior est dignitate omnibus regni mei civitatibus... (Carta de Alfonso de 1170. «Marca Hisp.,» Pruebas, núm. 455.)

(2) Impreso en Villanueva, t. XIX; Apéndice, núm. VIII. Algunos de los documentos que citamos segun Villanueva, se hallan tambien en la «Marca Hispanica.»